

¿Qué está pasando?

Su madre la llevó en coche al instituto, y a continuación se dirigió a otro instituto, donde trabajaba de profesora de matemáticas.

Las matemáticas se le daban bien a Esther. Para ella eran un juego apasionante, tanto como el ajedrez o el tres en raya, mucho más que el parchís o la oca. Con las matemáticas, la mente de Esther se ponía en marcha y corría veloz hasta que la máquina de su cerebro amenazaba con echar humo y estallar de un momento a otro, y se tenía que parar. A pesar de que solo estaba en segundo de la ESO, sabía resolver matrices y determinantes, ejercicios de trigonometría e incluso algo de cálculo integral que le había enseñado su madre. Muchas operaciones sencillas las resolvía mentalmente, sin necesidad de su lápiz especial y de papel. Eso le venía de su madre, que le había inculcado el gusto por el

mundo de los números. ¡Cómo disfrutaba cuando le ponía problemas o acertijos para que los resolviera, y ella daba vueltas y más vueltas a su cabeza hasta que encontraba la solución!

—Si tú me das uno, tendré el doble que tú; si yo te doy uno, tendrás la misma cantidad que yo. ¿Cuánto tenemos cada una?

Ese acertijo lo había resuelto solita en tercero de primaria, sin pistas ni lápiz ni nada. Lo hizo mentalmente.

Le encantaban también las matrices mágicas en las que ella acertaba siempre la suma de cuatro números elegidos por otra persona. O problemas como aquel en que tres niños han de repartirse once caramelos, de tal manera que la mitad sea para el mayor de ellos, la cuarta parte para el mediano y una sexta parte para el más pequeño. Todo ello sin partir los caramelos. Los niños no encuentran la manera de resolver el problema y comienzan a discutir. Llega, de pronto, una niña con un caramelo en la mano.

—Os regalo mi caramelo. Ahora tenéis doce. Seis para ti, grandullón, la mitad; tres para ti,

En casa de la tía Nati

El grupo se disolvió a la entrada del parque. Nélide acompañó a Esther hasta el portal de la tía Nati. De camino, Esther quiso subir a su casa, a ver si todo estaba en orden.

—¿Compruebas a ver si hay un par de tipos vigilando? —pidió Esther a su amiga antes de entrar en el portal.

—Hay solo un tipo gordo en un coche, tiene un feo chichón en la calva.

—Me parece que lo conozco.

Subieron al piso y entraron.

—¡Dios! ¿Qué desorden! —exclamó Nélide.

—Seguro que lo han estado registrando y lo han dejado todo patas arriba —dijo Esther.

Se fue a su habitación, cogió algo de ropa y un par de libros en una bolsa, y salieron. Pipo apareció con un paquete en la boca.

—Pipo lleva algo en la boca —señaló Nélide. Esther palpó el paquete.

—Es comida para perros. Pobre Pipo, nadie se acuerda de ti.

—Déjame llevártelo, Pipo —le pidió Nélide y le quitó el paquete de la boca.

Pipo le lamió una pierna.

Una vez fuera, avanzaron por la acera. Al cabo de un rato, Nélide miró para atrás.

—Esther: el gordo se ha bajado del coche y nos está siguiendo.

—¡Ya estoy harta! —se enfadó Esther—. Pipo, ¡a por él!

Pipo se lanzó a la carrera hacia el gordo. Nélide narraba la escena.

—¡Jo, cómo corre el gordo! Ahora no parece tan gordo, sino un corredor olímpico. Pipo le ha dado un bocado en el trasero.

—No puede ser —exclamó Esther—. Solo le habrá tocado con el morro, para asustarlo. Está bien educado y sabe que no tiene que hacer daño a nadie, excepto en una situación de verdadero riesgo.